

Lucio "El Magnífico"

Adrian Magno



Capítulo 1

El Ilusionista

"Supe que estábamos ahí cuando vi los conejos. Amarillos, azules y rosados... siempre le gustaron los colores..."

PRIMERA PARTE

1

-Le gusta la magia - nos decía la secretaria mientras tipeaba en una vieja Olivetti color rosa -¡Pero no cualquier magia eh! Nada de magos de circo ni esos infladores de globos. A Lucio le gusta que lo sorprendan.-

Estas fueron las palabras con las cuales comenzó nuestra primera entrevista antes de conocer personalmente a Lucio en el orfanato, hace casi dos años atrás. Fue casi la misma cantidad de tiempo que nos llevó ganarnos la confianza del niño. Un niño pequeño, algo tímido y asustadizo que la había pasado muy mal a una edad donde solo debería haber conocido cariño y amor.

La oficina de Susana, la secretaria del Orfanato del Milagro, era pequeña y un tanto lúgubre. La escasa iluminación y la pintura deteriorada por el paso del tiempo, no hacían más que acrecentar la sensación de estar viviendo en otro siglo. Sobre el pequeño y viejo escritorio, se juntaban pilas de papeles e informes de casos aún sin archivar, así como también varias carpetas y cajas, que parecían contener aún más papeles.

-Les voy a ser honesta,- admitió Susana -Lucio es un niño especial. Es muy inocente para su edad, incluso para su propio bien. Creo que lo mejor que le puede pasar, es vivir con una familia que lo quiera.-

Mientras nos despedíamos de Susana, en la puerta de la oficina el encargado del piso hablaba y se despedía a su vez de Lucio. Al parecer habían construido una amistad, en los 8 años que llevaba él en el orfanato, 8 años que casi representaban toda su vida.

2

Alberto y yo, siempre tuvimos la ilusión de tener un hijo propio, pero a veces las cosas no se dan como uno las espera. Por suerte Arturo, el mejor amigo de Alberto, nos contó de este lugar; el Orfanato del Milagro.

Aquí se crían los niños abandonados de diferentes lugares del interior Argentina.

Ir y venir varias veces por semana fue tedioso, muchas veces terminábamos física y mentalmente demolidos, la localidad de Pilar no está exactamente a la vuelta de la esquina. A esto se le suma que los trámites necesarios para la adopción en este país parecen escritos el siglo pasado. Entrevistas, exámenes de salud mental, más entrevistas. Tuvimos que superar toda una batería de test hasta que nos permitieran conocer a los chicos del orfanato. Es entendible ya que la mayoría tuvo infancias difíciles y Lucio, no era la excepción. Si bien él nos conocía desde hacía bastante tiempo, no fue hasta hace poco que comenzó a abrirse lentamente con nosotros. Primero algunas palabras, luego una merienda, más adelante juegos. Paso a paso fue tomando confianza y fuimos conociéndonos entre todos. Tuvimos mucha ayuda del entorno, las enfermeras y trabajadoras sociales del hogar fueron muy importantes para reforzar los vínculos que estaban construyéndose.

Como sea, y más allá de todas las idas y vueltas, el haber llegado a ese punto compensa con creces cualquier infortunio vivido durante todo este tiempo. Nosotros anhelábamos un hijo; el tener una familia completa, y Lucio siempre buscó lo mismo también. Los últimos días fueron emocionalmente complejos para él. Tener que despedirse de lo que hasta el momento había sido su hogar; su protección; sus amigos le resultaba por demás difícil. Así que mientras nosotros lo tratábamos ya como a un hijo, el personal del orfanato hacía lo propio para que la transición fuera lo más suave posible para él. Incluso acordamos volver de visita cuando él quisiera para ver a sus amigos.

Recuerdo el último día en el orfanato, como si fuera hoy. Estábamos todos tan nerviosos... contentos, pero nerviosos. Las despedidas siempre son difíciles, y esta no era la excepción. Una nueva vida esperaba a Lucio a solo dos horas de viaje en auto, y esto podía leerse en su rostro tan claramente que parecía brillar de la emoción.

Mientras yo ultimaba algunos detalles sobre papeles por firmar y días de visita de la asistente social a la casa; en esto fueron muy estrictos, Alberto cargaba las pocas pertenencias de Lucio en el auto. Unos pocos juguetes viejos y usados, algo de ropa y un par de libros de magia; eran las pocas pertenencias que el niño juntó en sus escasos años de vida. Recuerdo haber pensado con tristeza en esas poquitas cosas que tenía y como las debió de haber cuidado durante sus años en el orfanato. Ese pensamiento hizo que se me haga un nudo en la garganta. Traté de disimularlo como pude, imaginándome lo feliz que iba a ser él en su nueva casa viviendo en familia... lleno de amigos en el colegio, invitándolos a dormir o jugando a la pelota en el parque. Pensar en ello dio resultado y

pude recuperar la compostura antes que alguien me viera.

-¿Preparados para partir?- Preguntó Alberto, casi a los gritos ya desde dentro del vehículo.

La emoción en el rostro de Lucio nos lo dijo todo. Íbamos a estar muy bien; juntos, en familia.

Que equivocada estaba, por dios...

Capítulo 2

SEGUNDA PARTE

1

Los primeros días en la casa, fueron de ajuste. Todos necesitábamos un tiempo para acomodarnos al nuevo estilo y dinámica de vida. Desde los horarios de las comidas y de dormir, hasta las costumbres más pequeñas como los bocadillos fuera de hora y la televisión, se hablaron desde un principio. Lucio aceptó todo de buena gana. Él no era un chico complicado ni difícil, aunque el gusto por los vegetales lo fue adquiriendo poco a poco. Se ve que en su antigua residencia, no observaban mucho que los chicos comieran todo lo que se les ponía en el plato. Como sea, fue algo que con el tiempo pudimos revertir sin demasiado esfuerzo.

Los días fueron pasando y cada vez se acercaba más el inicio del ciclo escolar. Por un lado esto, era algo que a Lucio lo emocionaba mucho, pero por otro se ve que también lo estresaba bastante dado que por las noches le costaba conciliar el sueño. A veces se despertaba en medio de la noche llorando, entonces con Alberto acudíamos enseguida a calmarlo y que así pudiera volver a dormirse.

-¡Mami, mami! El monstruo me quiere agarrar- nos decía Lucio sin dejar de llorar. -Se hace grande grande y me quiere agarrar mientras duermo-

-Tranquilo Lucio, no pasa nada- le contestaba tratando de consolarlo.

-Vamos a ver. ¿Cómo era el monstruo?-

-Es negro mami, con ojos rojos como el tomate- me contaba mientras miraba para un lado y para el otro de la habitación como buscando algo que, aparentemente, ya no estaba. -Se para ahí- decía señalando la punta de la cama, pero sin soltarme ni por un instante -Me mira hasta que me despierto y entonces ¡PUM! se me viene encima-

-Shhh, tranquilo hijo- le gustaba que le dijera hijo -Ya pasó. Ahora mamá se va a quedar con vos hasta que te duermas.-

Y así era. Me quedaba con él hasta que se dormía profundamente. Incluso más de una vez desperté por la mañana a su lado. Generalmente eran pocas aquellas veces, porque ¿Quién no ha tenido noches difíciles alguna vez? Más aún de pequeño, cuando nuestra imaginación es más volátil que en ningún otro momento de la vida.

Por suerte no eran muy frecuentes las pesadillas, y solíamos tener una vida tranquila. Claro que esto iba a cambiar cuando Lucio comenzara las

clases, solo que en ese momento no lo sabíamos. Estábamos viviendo el sueño de la familia primeriza.

2

Marzo llegó muy pronto, más de lo que esperábamos, y con él vino el inicio de clases. Habíamos buscado escuelas por la zona, pero las que encontramos no terminaron de gustarnos demasiado. Fue por eso que decidimos buscar algo un poco mejor, aunque estuviera más alejado. No tardamos en conseguir una hermosa escuela privada a menos de quince minutos de casa.

El colegio San Tomás, ubicado en Palermo era precioso. Rodeado por un amplio parque lleno de árboles y jardines. Estudiar, era un verdadero placer. El edificio principal constaba de cuatro alas diferentes, llamadas como los puntos cardinales, las cuales convergían en un patio interno de enormes dimensiones. Las alas Norte y Sur, eran donde se impartían clases diariamente, el ala Este era para los talleres, gimnasia, idiomas, entre otros; y el ala Oeste funcionaba como la administración del colegio, enfermería, comedor y áreas de maestranza en general.

Las clases comenzaron los primeros días de Marzo y más allá de los nervios normales, Lucio parecía llevar bastante bien el proceso de adaptación. Casa nueva, escuela nueva, compañeros nuevos, eran muchos cambios en tan poco tiempo, pero daba la impresión de que él podía manejarlos perfectamente.

Los primeros días fueron sencillos, poco estudio y muchas presentaciones con los nuevos maestros, donde estos les comentaban lo que iban a aprender durante el año, qué libros utilizarían, y sobre todo los días y horarios para cada clase. Esto era importante para nosotros, los padres, más que nada para conocer los horarios de entrada y salida, ya que con doble turno, gimnasia y los talleres solían dictarse por la tarde.

Recuerdo que Lucio volvía muy contento todos los días. Le gustaba la escuela, y no habían pasado ni dos semanas que ya nos contaba sobre sus nuevos amigos. Esto nos complacía doblemente, ya que por un lado éramos su familia y por el otro, sabíamos de las carencias afectivas que había sufrido él desde muy temprana edad.

-¡Mamá! ¿Sabés que Nicolás tiene un ratón como mascota? -nos contó una vez, mientras tomaba una merienda que constaba de té con leche y tostadas. -¿Seguro que es un ratón?- le seguía el juego yo.

-Si mamá, un ratón de color blanco y negro- contestó Lucio reafirmando su comentario -Bueno hijo, es que en Buenos Aires los ratones se suelen

ahuyentar de las casas, no tenerlos de mascotas- le expliqué, mientras guardaba la manteca en la heladera.

-Tal vez sea un cobayo o una chinchilla ¿No?- le volví a insistir -Esos si son animales que pueden criarse como mascotas-

Lucio me miró pensativamente. Recuerdo perfectamente la cara que ponía cuando pensaba o meditaba algo, podías escuchar los engranajes en su cerebro como iban cayendo cada uno en su sitio. Siempre me causó gracia este pensamiento, aunque nunca se lo conté. Son esos pensamientos de madre, cuando se siente orgullosa de su hijo.

-Puede ser, puede ser. Son bichos parecidos- terminó por aceptar Lucio. Se ve que al no recordar el nombre, dijo lo primero parecido que le vino a la mente. Esto también me causó gracia, y tampoco se lo comenté. Que puedo decir. Soy madre.

Los días fueron pasando, como así también las semanas. A Lucio se lo notaba muy entusiasmado con el colegio. Recuerdo perfecto esto porque en el mes de junio, cuando nos citaron para el acto del día de la bandera, nos enteramos que Lucio iba a ser abanderado. Esto hizo que a Alberto, el pecho se le hinchara de emoción. Su hijo sería abanderado, y nada menos que el día de la bandera. Esa misma noche Alberto me comentó justo antes de dormir, lo orgulloso que estaba de Lucio y lo contento que estaba por haber dado el paso y adoptarlo como nuestro hijo.

Fue una buena época.

3

Corría el mes de julio o agosto, no recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que hacía frío, mucho frío. Era un día como cualquier otro, Alberto y yo estábamos esperando que Lucio termine de cambiarse, así salíamos un rato a pasear con el auto. La idea era salir a comer algo y luego ir por un helado. Se había inaugurado una nueva heladería Freddo en el barrio y a Lucio le encantaba el helado. Queríamos mimarlo un poco, ya que hacía mucho que no salíamos en familia.

Eran las 8 pm y Lucio aún no bajaba. Él daba muchas vueltas para cambiarse, ya que siempre se demoraba buscando algo a último momento.

-Lucioooooooooo- le grité desde el piso de abajo. Aguardé unos segundos y al no escuchar respuesta, volví a insistir. -Lucioooooooooo, ¿Vas a bajar o

que?- le volví a gritar, esta vez más fuerte. Nada.

Lo miré a Alberto. Él me devolvió la mirada, y con desgano se sentó en el sofá del living a esperar mirando impacientemente la hora en su reloj de pulsera. Subí las escaleras mientras seguía llamando a Lucio, esta vez un poco más impaciente.

-Lucio ¿Vas a bajar o no? ¡Mirá que nos quedamos!- Silencio. Caminé a paso ligero por el corredor que unía las habitaciones del piso de arriba, esperando encontrarlo ya saliendo a las corridas por la puerta de su cuarto, pero no fue así. Al asomarme por la puerta de su habitación, lo que encontré me dejó pasmada.

Lucio estaba en un rincón de la habitación sentado en el piso, tomando sus piernas con ambos brazos. Se encontraba muy agitado y no dejaba de mirar en dirección a la ventana de su cuarto. Tardé un poco en darme cuenta qué era lo que él estaba mirando tan abstraído, pero al verlo fue muy evidente. La ventana de su cuarto tenía un agujero del tamaño de una pelota pequeña. No había rastros de vidrio por ninguna parte, pero lo que más llamó mi atención fue la forma del orificio. Era extrañamente circular, y el cristal a su alrededor no presentaba rajaduras de ningún tipo.

-Hijo ¿Estás bien?- le pregunté a Lucio mientras lo revisaba de arriba abajo buscando cualquier tipo de corte o raspón que podría haber causado el vidrio.

Lucio no contestó, pero un escalofrío recorrió su cuerpo al escuchar mi voz.

-¡Lucio!- le dije alzando mi voz -¿Estás bien?-

Él inclinó su cabeza hacia mí, y sin dejar de mirar ni un segundo en dirección a la ventana susurró:

-Se llevó mi conejo mami. ¡El monstruo se llevó mi conejo!-

-¿Qué conejo Lucio? ¿De qué conejo hablás hijo?- le pregunté mientras lo abrazaba consolando una incipiente congoja.

Lucio me miró asustado como nunca lo había visto en mi vida

-Mi conejo mágico mamá. ¡Se llevó mi conejo mágico!-

Sin mediar más palabras, y al no poder entender un cuerno de lo que me estaba hablando, lo tomé en mis brazos levantándolo del piso y lo llevé

escaleras abajo.

Alberto, ajeno completamente a lo que estaba pasando, reaccionó rápidamente al verme bajar con Lucio en brazos, y me ayudó a llevarlo hasta el sofá del living. Me miró como inquiriéndome con su mirada, a lo que yo le contesté con un ademán de mi cabeza indicándole que tenga paciencia.

-Hijo, ¿Qué pasó arriba?- le pregunté suavemente.

Lucio me miró, y secando unas incipientes lágrimas me susurró -Se llevó mi conejo-

Alberto y yo nos miramos mutuamente, sin saber bien qué contestar. No solo estaba el hecho de que Lucio no tenía mascota alguna, si no también que otra vez volvía a tener problemas de monstruos, pero esta vez despierto. No tenía sentido alguno.

-Hijo- le dije tomando suavemente su rostro en mis manos. -Vos ya sabes que los monstruos no existen. Contame, ¿Qué fue lo que pasó?-

-Yo estaba jugando con mi conejo- empezaba a contarnos Lucio, pero lo interrumpí. -¿Qué conejo Lucio? Nosotros no tenemos conejos ni mascotas-

-Es un conejo mágico, mami. Aparece cuando estoy solo en mi cuarto y me acompaña todas las noches cuando duermo. Él me cuida para que no vengan los monstruos, pero esta vez el monstruo era muy grande y se lo llevó- dijo antes de ponerse a sollozar. -iSe llevó mi conejo amarillo mami!

¿Conejos amarillos imaginarios? ¿Monstruos? ¿Agujeros inexplicables en la ventana? Esto ya superaba lo cotidiano y comenzaba a ser extraño y preocupante.

-iLucio!- le dije levantando el tono, -Necesito que me digas la verdad. ¿Vos rompiste la ventana e inventaste esta historia para que no te retemos?- pregunté tratando de mantener un tono enérgico.

-iNo mami, no! iTe juro que no!- contestaba Lucio jurando con sus pequeños dedos -iFue el monstruo!-

-iBueno basta!- gritó Alberto levantándose de un salto del sillón, -iLos monstruos no existen y los conejos mágicos tampoco!-

Lucio con los ojos llenos de lágrimas no hacía más que llorar abrazado a mí. No dejaba que me moviera ni un centímetro de al lado suyo. -Te lo

juro mami, te lo juro. Yo no hice nada- seguía repitiendo.

-Bueno hijo, ya está. Ya pasó- le dije suavemente mientras Alberto desde la cocina movía la cabeza reprobando mi actitud. -Cálmate que todo va a estar bien-

Pasados unos minutos, Lucio se encontraba más tranquilo. Ya había dejado de llorar y solo se mantenía sentado y quieto en el sillón grande de la sala. Alberto y yo seguíamos discutiendo, ya que él no aprobaba mi actitud permisiva. Era la primera vez que discutíamos por nuestro hijo, y si bien estábamos bastante enojados y confundidos con toda la situación, yo no pude evitar sentirme feliz en mi interior. Estaba defendiendo a mi hijo. Mi Hijo con mayúsculas.

-Jajajaja, no me hagas cosquillas con la nariz- se escuchó decir a Lucio desde el living de la casa. -Jajajajaja dejame- seguía diciendo.

Con Alberto dejamos de discutir al instante y nos quedamos mirando en dirección al living, desde donde se reía Lucio. Nos miramos y volvimos a mirar a la habitación de donde provenía ese hermoso pero inadecuado sonido.

-Hijo, ¿Estás bien? ¿De que te reís?- le pregunté

-¡Mami, mami! Mi conejo está bien. Se ve que logró escapar justito del monstruo y no le pasó nada-

Alberto me miró frunciendo el ceño y caminó rápidamente hacia donde estaba Lucio.

Lo encontré sentado en el sillón, tranquilo, mirando en dirección a la escalera que daba al primer piso y a las habitaciones.

-¿Con quién hablás me querés explicar?- le dijo mientras lo tomaba firmemente de los hombros.

Lucio, sobresaltándose un poco le contestó:

-Con mi conejito mágico.-

Alberto, miró en todas direcciones como buscando algo que evidentemente no iba a poder encontrar

-Te vas a tu cuarto en este mismo instante! En un rato con tu madre iremos a verte y terminaremos esta conversación ahí.-

Lucio, asustado se levantó y fue corriendo hasta las escaleras. Se detuvo un instante, miró sobre su hombro hacia donde estábamos parados

nosotros y dijo:

-No es mi culpa que solo yo pueda ver mi conejo.- Se dió vuelta y subió las escaleras al trote.

Me senté un momento en el sillón mirando la nada misma. Trataba de asimilar todo lo que había pasado en estos últimos minutos. Alberto, por otro lado, lo meditaba con un buen vaso de whisky escocés. Era su preferido. No sé cuánto tiempo estuvimos sentados sin hablarnos, pero lo que sí recuerdo fue que al levantarnos para ir a hablar con Lucio, encontramos una pequeña zanahoria en el sillón. Esto podría haber sido normal en una casa donde viven chicos. Lo que tenía de extraño esta zanahoria eran las pequeñas marcas de dientes por toda su superficie.

Capítulo 3

TERCERA PARTE

1

-¿Cuanto es?- recuerdo que le pregunté al vidriero.

Tuvimos mucha suerte en conseguir alguien que se hiciera cargo tan rápido del cambio del vidrio en la habitación de Lucio. Por lo general un trabajo de este tipo demoraba un par de días, desde que vienen, toman medidas, van al taller donde cortan el vidrio y vuelven a la casa a colocarlo. La rapidez con la que realizaron todo el proceso, seguramente se vería reflejado en el costo, pero no podíamos dejar el cuarto con una ventana rota. Aún era invierno y el frío se hacía sentir.

-¿Está seguro que no encontró ningún trozo de vidrio?- le pregunté al empleado mientras le acercaba el dinero, con una buena propina como corresponde. Él me había ayudado a revisar la habitación y todo el frente de la casa en busca de restos del cristal roto.

-No señora. Le vuelvo a repetir, revisé bien el césped del frente y la entrada de garage, pero no encontré ningún trozo de vidrio- me repetía el empleado otra vez, aunque ya un poco más impaciente.

Era de lo más extraño. El día anterior, cuando revisamos todo el cuarto en busca de vidrios rotos, no encontramos nada. Y ese día revisamos todo el frente de la casa, varias veces, y tampoco encontramos nada.

Mientras veía como el vidriero se subía a su camioneta para irse, no podía evitar preguntarme:

¿Como puede ser que una ventana se haya roto y no se encuentren restos?

Para colmo, la charla que tuvimos con Lucio, no nos terminó de convencer en lo más mínimo. Cuando le pedimos que nos cuente todo lo que había pasado la noche anterior, nos repitió lo mismo, que un monstruo estiró un brazo a través de la ventana y se llevó su conejo (amarillo y mágico) que estaba sobre su cama. Lo más extraño de todo era la convicción con la que nos contaba todo. Si a esto le agregamos, que encontramos restos de zanahoria por todo el sillón, solo podíamos suponer que había un conejo suelto por la casa o que Lucio nos estaba mintiendo. Lo más triste de esto último, es que para que no lo descubramos, hacía todo ese lío con las zanahorias.

Los días fueron pasando y la rutina fue ganando terreno, llevándonos a la normalidad nuevamente. Con Alberto decidimos dejar las cosas así, pero estar atentos a cualquier comportamiento raro que pudiera tener Lucio. Para ello era necesario que la vida en la casa continuara con serenidad. Que fuera a la escuela como siempre, que disfrutara de la plaza por las tardes y los paseos de fin de semana que a veces dábamos. Sin todo esto, nos iba a ser imposible entender bien cuál era su problema.

Para Lucio era como si nada hubiese pasado. No hacía ningún comentario, sobre el monstruo ni sobre su conejo mágico. Esto nos llamó la atención, y empezamos a tomarlo como una etapa que suponíamos, iba a ir pasando con el tiempo.

Pero no fue así...

No eran ni las 10 de la mañana cuando sonó el teléfono. Llamaban de la escuela. Lucio había sufrido un accidente y le estaban dando primeros auxilios en la enfermería de la escuela.

2

Aunque me aseguraron que él estaba fuera de peligro, a mi las piernas me flaquearon, tanto que tuve que agarrarme a una silla para no caerme. Al parecer Lucio se había lastimado durante el recreo. Lo encontraron escondido, llorando debajo de las gradas del patio donde se hacían deportes.

Alarmada por toda esta situación, solo atiné a tomar un saco y la cartera antes de salir de casa en dirección de la escuela. Viajando en automóvil se demoraban casi quince minutos en llegar, eran tantos los rodeos que había que dar, que se podía llegar caminando rápido en casi el mismo tiempo. Ese día me tomó solo diez.

Así de rápido como llegué, me dirigí hacia la enfermería de la escuela. En algún punto del camino, el personal de seguridad del establecimiento trató de llamar mi atención para que registrara mi ingreso pero los ignoré por completo. No iba a detenerme hasta que viera que mi hijo estuviera bien, con mis propios ojos.

Ingresé en la enfermería a los trompicones, empujando a mi paso una camilla que estaba junto a la puerta que no se fue al piso de milagro.

-¿Dónde está mi hijo?- pregunté sollozando.

-Quédese tranquila señora. Él está bien.- recuerdo que me decía el enfermero de la escuela.

Busqué a Lucio con la mirada, hasta que lo encontré sentadito en una camilla cerca del fondo de la sala. Recién ahí pude tranquilizarme un poco.

Cuando me dirigía hacia donde estaba él, un enfermero me hizo señas con la cabeza para que me acercara.

-Lo encontramos sentado debajo de las gradas del patio de deportes.- comenzó diciendo el joven enfermero -Estaba ahí solo, sentado en el piso. Tenía algunos cortes en sus brazos y sus piernas que ya tratamos, pero de todas formas, eso no es lo que nos preocupa.-

-¿Pero que es entonces?- le pregunté. Yo estaba muy afligida en ese momento. -¿Alguien lo lastimó?

-Ese es el problema señora. Lucio se hizo eso a si mismo-

-Al parecer, Lucio tiene algunos problemas para relacionarse con sus compañeros de clase. Se ve que el niño tiene un universo interior bastante grande y complejo, y cuando habla con sus compañeros de sus "mágicas habilidades", se burlan de él. Esto llevó a que él se deprima y esta depresión lo llevó a lastimarse como una manera de castigarse así mismo. Mi recomendación es que lo vea un especialista.....

Después de la primera frase, ya dejé de escuchar.

3

El olor y el humo proveniente de la cocina me sacaron del letargo. Desde que habíamos vuelto de la escuela todo parecía un sueño. A decir verdad, era más como una pesadilla. Mientras volvíamos, dos veces Lucio me llamó la atención al cruzar la calle y ya en casa ni siquiera parecía capaz de calentar algo en el horno.

Me levanté rápidamente de la silla y apagué el horno. Saqué el pan que había puesto dentro a dorar, todo chamuscado, y lo puse en un tupper viejo sobre la mesa. Se me había ocurrido que, al llegar a casa, le iba a preparar unos tostados de jamón y queso. A Lucio le encantan, y como se sentía tan mal por todo lo sucedido en la escuela, fue lo primero que atiné a hacer. Con lo que no contaba era con que esta situación me iba a descolocar tanto. Sabía que tenía que hablar con Lucio y lo primero que

pensé fue en prepararle algo de comer, para sacarle el tema. Evidentemente, esta táctica no iba a funcionar si quemaba todo lo que cocinaba, así que decidí encarar el asunto de una forma más directa.

-¿Hijo, podés venir acá con mamá?- le dije a Lucio asomándome al living. Desde que habíamos vuelto, él se había sentado en el sillón sin decir ni una palabra.

Luego de algunos instantes, Lucio apareció en la cocina y se sentó en la mesa. No lo hizo en su lugar habitual, sino que lo hizo en la primera silla que encontró.

-Quiero que me cuentes lo que sucedió hoy en la escuela.- le dije tratando de sonar lo más serena y calmada posible.

Lucio me miró y sin emitir sonido alguno, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no largarme a llorar, y que este intento de charla se diluya en un mar de llantos.

-Hijo, podés contarme lo que sea que mamá no se va a enojar.-

Lucio levantó sus enormes ojos y mientras secaba sus lágrimas en el puño del buzo de la escuela, soltó en un sollozo. -Fue el monstruo mami. Me agarró en el patio de la escuela.-

-¿Que monstruo hijo?-

Lucio me miró fijamente y dijo -El monstruo de ojos rojos que vive abajo de mi cama-

Durante unos eternos instantes hubo silencio. Un silencio lleno de incertidumbre. Nos miramos uno al otro tratando de adivinar en esa mirada que es lo que estábamos pensando. Mi primer reflejo fue levantarme e ir a encerrarme en mi habitación, pero al comenzar a rodear la mesa, solo atiné a tomarlo en mis brazos y abrazarlo fuerte.

Lo miré muy seriamente con los ojos húmedos y le dije -Hijo, no entiendo que es lo que te pasa, ni porque te pasa pero te prometo que juntos vamos a salir de esta.

Nos abrazamos un rato, hasta que se durmió.

Lo llevé hasta su cuarto y una vez acostado lo desvestí para que no duerma con la ropa del colegio. Al hacerlo pude ver sus heridas de cerca por primera vez. Si bien no eran profundas y apenas si brotaba algo de sangre, sus pequeños brazos estaban cubiertos de rasguños desde la altura del codo, hasta sus muñecas. Se podían distinguir rasguños finos, largos y continuos que de ninguna manera parecían hechos por sus

propias uñas. Para cerciorarme de esto revisé sus manos y tampoco encontré nada ahí, ya que sus uñas estaban muy cortas.

Bajé las escaleras y me dirigí hacia la cocina con la idea de limpiar el desastre que eran esos tostados. Mientras limpiaba la fuente no paraba de pensar. ¿Que era lo que le estaba pasando a mi hijo?

Esta pregunta dio vueltas y vueltas en mi cabeza sin encontrar respuesta. Pero si sabía donde encontrarla: en el Orfanato del Milagro. Si ellos no me podían ayudar, no se quien entonces.

Capítulo 4

CUARTA PARTE

1

El viaje me resultó más largo de lo que recordaba. No se si esto se debía a mi estado de ansiedad o porque en realidad era así de largo. Antes solíamos ir hablando con Alberto, contentos y emocionados por ir a ver a Lucio. Ahora la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Debo agregar que, si bien Alberto estuvo de acuerdo en realizar este viaje, no se veía nada contento con todo lo que estaba pasando últimamente. Demás está decir que él amaba a su hijo y que iba a hacer cualquier cosa por él, pero esto no quiere decir que lo iba a hacer con una sonrisa en el rostro.

-¿Alberto?- le dije casi llegando al orfanato. -Te pido que seas paciente. Necesitamos saber un poco más sobre los padres o la familia de Lucio. Esto nos puede ayudar a entender que puede estar afectándolo.-

Él solo asintió levemente con la cabeza.

Dejamos el auto en un estacionamiento, cerca de la entrada principal. Me apresuré a bajar del coche así mientras Alberto se ponía el saco, yo despertaba a Lucio que se había quedado dormido en el asiento trasero. Inicialmente pensamos en dejárselo a mi mamá, que al ser viuda y estar mayormente sola, solía disfrutar mucho de la compañía de su nieto pero decidimos mejor traerlo con nosotros así él podía cambiar un poco de aire.

Al ingresar al orfanato, no pude evitar recordar el primer día que fuimos. Lo nerviosos que estábamos ya que la adopción no era muy frecuente y los prejuicios, por mínimos que fueran, se hacían notar. Por suerte nosotros éramos una pareja moderna, progresista. Veíamos la adopción, no solo como la posibilidad de tener nuestra propia familia, sino también la de darle una familia a niños que por algún motivo se vieron privados de tener la propia. Después de todo ellos son el futuro, o eso es lo que siempre nos decía Arturo, el mejor amigo de Alberto cuando se quedaba a cenar en casa con su esposa. Ahora ellos estaban esperando su primer hijo y estaban muy emocionados al respecto.

Nos acercamos a la recepción para presentarnos. La empleada, que siempre fue muy amable por cierto, nos indicó que esperáramos, que ya nos iban a atender. Pasaron algunos minutos hasta que Susana apareció caminando por el pasillo. Con su paso enérgico llegó rápidamente al vestíbulo y nos hizo señas para que nos acercáramos. Sin más, la

seguimos hasta su oficina, que para ser sinceros, había cambiado muy poco desde la última vez que estuvimos.

-¡Buen día!- nos soltó ella seriamente, mientras se sentaba detrás de su escritorio.

-Me alegra mucho verlos, sobre todo a este hombrecito.- Susana le acercó una mano a Lucio, que al abrirla tenía un caramelo de limón, los favoritos de Lucio. Él, amagó con tomarlo pero se quedó a medio camino y me miró, como preguntando si podía tomarlo. Yo asentí levemente con una sonrisa. Lucio lo tomó, lo desenvolvió y como por arte de magia lo hizo desaparecer en su boca.

-Susana...- empecé a decir, pero ella me detuvo antes de comenzar.

-Porque no llamamos a José, el encargado del piso, así lleva a Lucio a jugar al patio de recreos. Tal vez algunos de los chicos estén jugando. ¡Siempre hay alguno que madruga.- comentó Susana mientras levantaba el teléfono y discaba alguna extensión.

Fueron unos minutos incómodos los que pasaron hasta la llegada de José. Susana parecía una estatua mientras Alberto se acomodaba los lentes por cuarta vez y yo no paraba de acariciarle el pelo a Lucio.

Golpearon la puerta y sin esperar respuesta se abrió suavemente. José saludó muy amablemente y miró a Lucio. Este bajó corriendo de su silla a abrazarlo para luego mirarme con esos hermosos y expresivos ojos, otra vez, como solicitando permiso.

-Vayan a jugar un rato.- les dije sonriendo -¡Y pórtense bien eh!- pero ya era tarde, la segunda frase dió con la puerta que ya se había cerrado.

-Bueno, vamos a lo nuestro- dijo seriamente Susana. -¿Que le hicieron a mi niño?-

2

La miré un segundo a Susana, luego a Alberto y al final volví a mirarla a ella.

-¿Perdón?- alcancé a decir, pero ella me cortó antes de continuar.

-Está claro por lo que me contó en su llamado, que algo le había ocurrido a Lucio. Solo quiero saber ¿A quién tengo que patearle el culo?

Estupefacta. Creo que sería la mejor manera de describir como me dejó Susana. Evidentemente detrás de la personalidad amable y dedicada se escondía una persona mucho más combativa de lo que yo hubiera imaginado.

-Susana, espera un momento. Déjame explicarte...- comencé a decir pero ella me hizo callar con un ademán de manos.

-Nada de nada. Lucio jamás se habría lastimado de esa manera si las autoridades de esa escuela se ocuparan de los niños como corresponde, porque...-

Lo que siguió fue un monólogo adornado con algunos insultos y agravios para con las autoridades de la escuela, el sistema educativo y el gobierno en general. Con Alberto intentamos un par de veces interrumpir su verborágico discurso pero fue en vano, así que desistimos.

-... y finalizando creo que ustedes como padres han tenido una actitud responsable con Lucio, por lo que no veo motivos para incluirlos en la carta documento que le voy a enviar a las autoridades de la escuela por intermedio del abogado del orfanato.-

-¿Susana? Si me permitís, nosotros en realidad venimos por otro asunto. Con Alberto creemos que Lucio puede tener algún problema que no le permite, como decirlo, conectar con otros chicos de su edad.- A esta altura no sabía bien que decir para que Susana no reaccionara de mala manera.

-¿Y eso que tiene que ver con el orfanato? Podrían llevarlo a ver a un especialista en estos temas.- La mirada de Susana parecía estar atravesándome por completo.

-Creemos que puede haber algún antecedente similar en la familia de Lucio, por lo que...- Susana volvió a interrumpirme.

-Señor Alberto, tiene usted una esposa muy inteligente ¿Sabe?- Su mirada lo decía todo. Había descubierto mi intención. -Lucio es un niño completamente normal. Si, ha tenido una infancia difícil y es probable que le cueste un poco confiar en las personas. Sin embargo, y aunque es muy inocente aún, es completamente sano e inteligente.-

-Escúcheme Susana- arremetió Alberto -Nosotros sabemos perfectamente como es nuestro hijo, no hace falta que usted venga a comentarlo aquí. Si le estamos pidiendo información sobre la familia es porque creemos que esto nos puede ayudar a que Lucio esté mejor. Queremos que tenga una infancia feliz ya que creemos que es lo mejor para él. De otra manera, no

la hubiésemos molestado.-

Susana miró a Alberto, me miró a mí, se acomodó los lentes y luego se levantó. Fue hasta un archivador que estaba en un rincón. Abrió el último de los cajones y comenzó a buscar entre las carpetas que tenía archivadas. Luego de revisar unos minutos, volvió con una carpeta en sus manos.

Se volvió a sentar en su silla. Dejó la carpeta sobre el escritorio y antes de abrirla dijo muy seria, apoyando suavemente sus manos sobre ella. -Esto que estoy haciendo, no es lo correcto. No está bien. Lo hago simplemente porque, en todo el tiempo que los conozco, pude ver el amor sincero que sienten por Lucio. Y hoy lo han vuelto a demostrar. Es por eso que les voy a mostrar su pasado.

En silencio, Susana abrió la carpeta y nos entregó su contenido.

Solo eran tres páginas. La primera era el acta de nacimiento de Lucio, nosotros ya teníamos una copia certificada que a fines prácticos cumplía la misma función. En la segunda hoja había una ficha con los nombres de los padres de Lucio. También había datos de sus respectivas edades, domicilio y fecha de defunción. Esto último era algo que con Alberto ya nos temíamos. ¿Quién puede abandonar a un niño tan pequeño? La tercera hoja no era una hoja en sí, era un recorte de un diario. En el mismo se podía leer como una familia había sido brutalmente asesinada y luego su casa incendiada hasta los cimientos. Este recorte mencionaba también a un único sobreviviente, me imagino que se refería a Lucio.

-¿Entonces Lucio...?- alcancé a decir antes de ponerme a llorar.

-Si, Lucio-

Alberto me abrazó suavemente mientras le decía a Susana. -No teníamos idea. Es decir, sabíamos que algo malo había pasado, pero nunca imaginamos... esto.-

-Nunca se nos explicó demasiado. Al parecer la policía no encontró casi nada entre los restos de la casa, solo a Lucio que estaba sentado en la vereda, al lado de un árbol que había en la puerta de la casa. Hubo una investigación, pero no hubo arrestos y con el tiempo todo se fue diluyendo. Lucio creció aquí y esto es todo lo que conoce. En lo que a él respecta, ustedes son sus primeros padres.-

Le devolvimos la carpeta a Susana y nos quedamos unos instantes en silencio. Esto era muy fuerte, muy pesado.

El ruido de unos pies corriendo por el pasillo, fuera de la oficina, nos

devolvió a los tres a la realidad.

-Bueno, ahora lo saben.- dijo Susana mientras recuperaba la compostura. Ella también estaba visiblemente conmovida por el recuerdo. -Lo que sea que tenga Lucio, lo van a tener que descubrir por sus propios medios. Aquí no tenemos más respuestas que brindarles. Ustedes saben que siempre tendrán las puertas abiertas para que Lucio venga cuando quiera, pero esto es un tema zanjado.-

Nos acompañó hasta la puerta de su oficina, y justo en el momento que se proponía a despedirnos, sonó su teléfono. -Los despiden aquí, parece que me necesitan en otro sitio- comentó señalando por encima de su hombro el aparato que sonaba. -Lucio está en el patio de atrás, seguro jugando con José o con alguno de los otros chicos. Mucha suerte.-

3

Encontramos a Lucio en el patio, como bien nos indicara Susana. Estaba jugando con dos niños a la pelota. Se ve que la estaba pasando muy bien, porque estaba bastante sucio y desalineado. Me hizo acordar a lo que siempre me decía mi mamá "...dejalo que se ensucie, que se divierta. ¿Sabés como te das cuenta si un chico la pasa bien? porque vuelve todo sucio a la casa..." Recordar a mi madre, me reconfortó un poco. Me dió una sensación de normalidad.

-Disculpen ¡Ejem!- nos interrumpió José.

-Se lo ve bien a Lucio. Está más alto y por lo que me contó le gusta su nueva casa. Me contó que tiene un cuarto propio y que va a una escuela enorme, con muchos chicos y chicas.-

-Si, bueno. Lucio está muy bien por suerte, gracias por preocuparse y cuidarlo este rato.- Le respondió Alberto a José. -Lucioooooo- comenzó a gritarle para llamar su atención. -Vamos que nos vamos-

-Bueno !Ejem! Si me permiten, me gustaría comentarles algo.-

Alberto y yo nos miramos un instante y le contesté a José. -Si, como no.-

Bien, bueno... como empezar. ¿Me imagino que saben que Lucio y yo somos muy buenos amigos, verdad?-

-Si, si. Lucio nos contó alguna vez que usted lo ayudaba con algunas tareas y eso.- dije tratando de evadir un poco el tema. No estaba de

ánimo para hablar en ese momento.

-Bueno !Ejemi- José hizo un ademán de sacar un pañuelo del bolsillo, pero se interrumpió a mitad del movimiento. -Perdonen, a veces me pongo un poco nervioso con las personas.-

-Bueno... les decía. Lucio y yo somos grandes amigos, y me contó que últimamente estaba teniendo algunos problemas en la escuela. ¡Ah! Y también que se había roto un vidrio o algo así, no le entendí muy bien.- José trataba de ser claro, pero no teníamos idea de que es lo que trataba de decirnos.

-Si, bueno. Ya pasó todo eso, ahora él está bien-

-¡No, no lo está!- indicó José muy firmemente.

-Está pasando de nuevo.-

-¿De que habla?- lo inquirió Alberto, un poco molesto. -¡Explíquese!-

-¡A Lucio lo están atacando otra vez!-

-¿De que está hablando?- le dije. -¿Quién está atacando a Lucio?-

-¡Son las sombras señora! Ellas quieren el alma de Lucio.-

4

Sin pensarlo, Alberto le propinó un empujón a José que lo desestabilizó por completo, haciéndole perder el equilibrio. -¡Aléjese de mi familia!-

Lucio, que en algún momento se había acercado a nosotros, comenzó a llorar y a pedir que no le hiciéramos nada a su amigo.

-¡Papi, papi!- decía. -No le pegues, él es bueno.-

A todo esto, yo que no podía entender del todo que era lo que estaba pasando, solo atiné a sostener a Alberto para que no se le abalanzara encima al indefenso hombre que yacía en el piso intentando levantarse y alejarse a la vez, no pudiendo hacer ninguna de las dos cosas.

-Sacalo de acá porque lo revienta- gritó Alberto muy nervioso, pero notablemente más calmado que antes.

Era extraño que Alberto reaccionara así, pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, no lo se tal vez ese fue su punto de quiebre. Me

apresuré a tomarlo por el brazo y a llevarlo a él y a Lucio hasta el coche. Ya era hora de que nos fuéramos de ahí.

-¡Alberto, vámonos por favor!- le supliqué mientras lo llevaba, no sin algo de esfuerzo.

Del otro lado tenía a Lucio, que no paraba llorar tironeándome del pullover.

Seguimos caminando en dirección a las oficinas del orfanato, ya que si o si teníamos que pasar por ahí de salida. José ya se había levantado y nos seguía por detrás, manteniendo una distancia segura.

-Escúchenme !Ejemi Es muy importante.- José parecía un demente, entre el tic nervioso en forma de tos y lo desaliñado que estaba luego del revolcón por el pasto del parque.

-La magia es lo único que las detiene. ¡Cuidelo de las sombras señora!-

Alberto se dio vuelta como para encarar de nuevo a José, pero este se fue corriendo para el lado del parque. -¡Rajá de acá! ¿Me escuchaste? ¡Rajá!-

Seguimos caminando hasta la recepción, y salvo por una o dos personas, no nos cruzamos con nadie. La oficina de Susana estaba cerrada y no parecía indicar que haya escuchado nada de lo sucedido. Claro que estábamos a más de 100 metros del patio. El orfanato estaba situado en un predio muy amplio.

Al pasar por la recepcionista, la saludamos con un ademán y seguimos rápidamente hacia la salida. El clima había cambiado y el invierno parecía más recio que nunca, en más de un sentido.

Capítulo 5

QUINTA PARTE

1

-¿Me querés explicar que fue eso Alberto?-

Mi pregunta fue directa y sin vueltas. Alberto reaccionó de manera impetuosa, agrediendo a una persona en clara desigualdad de condiciones. Aclaro que hubiera sido igual de inaceptable incluso si esta desigualdad no hubiera existido.

Alberto me miró un momento. En su mirada pude adivinar su arrepentimiento y culpa. -Amor, no se que me pasó. Es como si de repente me hubiera desquitado todos mis problemas con esta persona. No tengo excusa.-

Estas palabras me calmaron. Ese era mi Alberto, y no la persona violenta que vi hace un rato.

-Todo esto me pone muy mal. Creo que me vi superado por.....-

-Alber, amor- lo interrumpí. -Hablemos en casa mejor- le dije con un ademán de cabeza, señalando en dirección a Lucio, que estaba sentado en el asiento trasero expectante de todo lo que hablábamos.

Alberto entendió la indirecta y se concentró en los preparativos para el viaje de vuelta.

-¿Hijo? ¿Estás bien?- le pregunté a Lucio quien parecía bastante abrumado por todo lo ocurrido.

El niño me miró como tratando de interpretar las palabras y luego se recostó en el respaldo del asiento, y mirando de reojo por la ventanilla del vehículo, me dijo medio meditativo...-Si ma, pero me duele un poco la panza-

-Bueno, ahora en casa te prepararé algo muy especial. ¿Que te parece... milanesas?-

Sus ojos volvieron a posarse en mi <¿Había mencionado lo lindos que eran?> y con una media sonrisa asintió lentamente con la cabeza. ¡Siempre resultaba!

-Bueno, pero descansa un poco. ¡Hoy fue un día...!-

No pasaron ni veinte minutos que ya estaba dormido. Siempre dormía cuando viajábamos.

Esta vez agradecí que el viaje de vuelta fuera aún más silencioso que el de ida.

2

El sonido de las llaves al golpear contra el piso en la entrada de casa, se debe de haber escuchado en dos cuadras a la redonda. Esto, solo hizo aún más evidente el incómodo silencio que acarreábamos desde el orfanato. Alberto aún estaba notablemente afectado por todo lo ocurrido, no solo con José, si no también en la oficina de Susana. Creo que uno nunca está preparado para afrontar tanta tristeza en tan poco tiempo, y no lo digo solo por él. Lucio era muy pequeño y todo eso le había sucedido en los pocos años de vida que tenía.

-¿Amor, estás bien?- le pregunté a Alberto mientras me agachaba a recoger las llaves que se le habían caído del bolsillo al tratar de sacarlas.

Él me miró con ojos muy tristes, y mientras se acomodaba a Lucio que dormía serenamente en sus brazos, asintió con la cabeza dejando asomar una tenue sonrisa en sus labios. Abrí la puerta de casa y lo dejé entrar primero a él. Cargar a Lucio no debía ser nada sencillo, el niño estaba bastante grande ya, pero no queríamos que se despierte. Los últimos eventos debieron de ponerlo muy nervioso, y al relajarse, se había quedado profundamente dormido.

Me adelanté para subir las escaleras para preparar la cama así lo acostábamos. No sabía cuánto podría llegar a dormir, pero en caso que fuera mucho tiempo, no quería que pasase frío. Alberto se acercó y de manera muy precisa, como si de un malabarista se tratara, hizo un grácil movimiento de pasamanos que culminó suavemente con Lucio recostado en su cama. Me alejé unos pasos para ver como lo arropaba y besaba su frente. Esos pequeños actos de amor cotidianos me hacían notar que ese hombre sencillamente daría la vida por su hijo, si tuviera que hacerlo.

Bajamos la escalera en silencio y nos dirigimos a la cocina. Mientras Alberto se quitaba el saco y la corbata, me puse a preparar dos tazas de té de manzanilla para calmar un poco los nervios. Esto era algo que yo no solía hacer, pero luego de los últimos eventos, había comenzado a beber té con regularidad.

Alberto se sentó y apoyando los codos en la mesa, pasó sus manos por la cara yendo hasta la frente para finalizar tomándose la cabeza, mientras esperaba que se calentara la infusión. Se veía muy angustiado.

-Alberto ¿Que pasa?- le pregunté apoyando suavemente mi mano en su gran espalda. Él ya pintaba varias canas, pero su cuerpo aún se mantenía en buena forma.

-Si. Va, no se. Estoy un poco aturdido y algo cansado. No estoy seguro si es por el viaje de regreso o los kilómetros recorridos, pero no del coche justamente...-

La tapa de la pava comenzó a hacer algunos ruiditos, lo que indicaba que el agua ya estaba lista. Serví dos tazas con apenas algo de azúcar y las puse sobre la mesa.

-Yo también.- comencé a decirle mientras le alcanzaba su bebida. -Toda esta situación me hizo pensar en lo que debe haber sufrido el pobrecito en su corta y alborotada vida. Tener miles de preguntas y ninguna respuesta.-

-Si, es verdad eso que decís. Creo que el destino o algún poder más grande que nosotros operó para unirnos como familia.-

Era la primera vez que Alberto se abría de esta manera conmigo. O sea, siempre hablamos y nos conocemos mucho. Desde el primer momento supe que era una buena persona, respetuoso, sereno. Nunca me dio el pie a pensar que podría estar con otra mujer, y jamás me levantó la mano, y ahora no solo pude comprobar que es un padre amoroso, ejemplar, si no que también tiene un profundo mundo espiritual.

<¡Que persona hermosa!> recuerdo haber pensado.

Me levanté de la silla, y sin decir nada, lo besé suavemente en los labios. Al separarnos, pude notar que ambos teníamos lágrimas en los ojos.

Hablamos mucho esa tarde, y lo hubiéramos seguido haciendo...

3

-¿Escuchaste eso?- le pregunté a Alberto.

Un suave sonido de risas se provenía del piso de arriba.

Con Alberto nos miramos sin poder evitar sonreírnos el uno al otro. Hicimos silencio y ahí estaba la risa otra vez. Al parecer Lucio se había

despertado y estaba riendo. Recuerdo perfectamente pensar en lo afortunados que eran los niños. Tienen una infinita capacidad de recuperación al dolor y los pesares. A nosotros, los adultos, nos costaba bastante más.

Fuimos despacio y casi sin hacer ruido hasta el pie de la escalera. Las risas se escuchaban con mayor definición. Lucio se oía feliz. Alberto tocó suavemente mi hombro. Al voltear pude ver que me hacía una seña con el dedo sobre sus labios. Quería que hiciera silencio mientras subíamos la escalera. Asentí tratando de hacer el menor ruido posible.

Comenzamos a subir lentamente. Poco a poco se fueron identificando otros sonidos. Primero unos pequeños golpecitos sobre el piso, luego unas palmadas ahogadas. Al parecer estaba jugando con algunos juguetes.

Nos acercamos a la puerta de su habitación y antes de abrirla Alberto volvió a llamar mi atención. -Shhh, en silencio.- me susurró al oído.

Suavemente fui girando el picaporte y lentamente la puerta se fue entornando. Al principio solo vimos la habitación vacía, pero al ir abriéndose más, pudimos ver el cuadro completo.

Lucio se encontraba sentado en el piso de espaldas a la puerta. Estaba cruzado de piernas riéndose bastante, pero tapando su boca con sus manos, como ahogando la risa para que nadie lo escuchara. Alrededor suyo, había varios muñecos sentados uno al lado del otro como si se tratara de una fila de asientos en el cine o teatro. Todos mirando hacia adelante, en dirección a la cama. Esto podría haber sido un comportamiento un poco inusual, pero era normal en un niño de su edad. El problema no era ese. El problema eran los cuatro pequeños conejos que saltaban una y otra vez dentro y fuera de una vieja galera que estaba apoyada sobre la cama.

4

Alberto debió de hacer algún ruido, o algo, ya que Lucio volteó hacia nosotros algo sobresaltado. Sus ojos estaban como dos platos y antes de poder decir nada los conejos saltaron casi al unísono dentro de la galera para luego, plegarse sobre sí misma.

-¡No te enojés mami, no te enojés mami, no te enojés mami!- decía llorando Lucio, mientras se levantaba y corría para abrazarme.

-Ca-ca-calmate hijito, n-no pasa nada.- alcancé a balbucear. Mi mente

estaba tratando de asimilar a todo vapor, lo que había visto.

Alberto seguía de pie ante la puerta y solo pareció salir de su estupor al ver levantarse a su hijo y correr en mi dirección. Me bastó una rápida mirada en su rostro para saber que había visto lo mismo que yo. Pero había algo más. Algo en su expresión hacía que todas mis alarmas se encendieran al mismo tiempo.

-¿Que pasa Albert?- le susurré suavemente intentando hacer contacto visual.

Alberto, que seguía mirando en dirección de la cama murmuró -Eran verdes y rojos.-

Lo miré dubitativamente, tratando de entender de que hablaba. Él bajó su mirada hacia mí, y dijo

-Los conejos Mirta, eran de todos los colores-

Capítulo 6

SEXTA PARTE

1

La pava volvía a estar en la hornalla, pero esta vez nadie parecía prestarle atención. Ni siquiera Lucio que siempre parecía estar atento a cualquier cosa que pasara a su alrededor.

Estábamos en la cocina, tratando de comprender lo que habíamos visto en el cuarto de Lucio. El muchacho no había emitido palabra alguna, salvando alguna mínima objeción cuando Alberto tomó la vieja galera que estaba sobre su cama. Tampoco dijo nada cuando lo tomé de la mano y lo llevé hasta la cocina.

-¿Lucio, tenés algo que contarnos?- le dije con tono de voz amable, tratando de no parecer nerviosa. -¿De dónde salieron esos conejos?- Nada. Silencio.

Miré a Alberto como preguntándole con la mirada, aunque más bien fue una súplica para que hiciera algo. Yo consideraba que en estas situaciones la charla debía ser de toda la familia, no mía y del niño solamente.

Con un revoleo de ojos hacia arriba, Alberto se acercó a Lucio.

-¿Hijo? Contéstale a mamá por favor.- le suplicó suavemente.

-.....- Nada. sin respuesta.

Alberto me miró y cambió de táctica. Tomó la galera que estaba sobre la mesa y comenzó a revisarla. La misma parecía una chistera de los años 20 pero muy venida a menos. Los bordes estaban gastados y el fondo parecía que iba a salirse en cualquier momento, así y todo de alguna manera lograba permanecer entera. Intentó estirla, imagino que para poder ponérsela, pero no hubo caso, así que comenzó a sacudirla.

El chico ni siquiera levantó la vista. Tenía los ojos clavados en el suelo. No se si era por vergüenza o porque motivo, pero no quería hablar. Solo pareció reaccionar cuando escuchó que Alberto jugaba con su sombrero..

-¡A ver niño! Con mamá no estamos enojados, simplemente queremos que nos expliques de donde sacaste esos conejos y a dónde fueron, porque aquí... no están- aseguró sacudiendo el sombrero una y otra vez.

Recién cuando Alberto hacía enérgicos ademanes con el viejo sombrero, fue cuando Lucio pareció prestar atención. Bajó de su silla y se abalanzó

sobre Alberto tratando de quitarle la galera de las manos.

-Tch, tch, tch, no, no no. Así nos vas a conseguir nada mi hijito-

Alberto se levantó de un salto tratando de mantener distancia entre el niño y el sombrero. Y si bien tuvo éxito no logró que Lucio desistiera de su actitud, si no todo lo contrario. Este se puso aún más enérgico en su reclamo.

-¡Dame mi gorro!- Le gritó a su padre.

Alberto y yo nos quedamos asombrados. Era la primera vez que Lucio levantaba la voz, más allá de alguna carcajada o risa fuerte cuando jugaba.

Levantando el brazo en el aire, Alberto puso la vieja galera lejos del alcance de Lucio, y conociéndolo como lo conocía, ahí se iba a quedar hasta que él se comporte y conteste nuestras preguntas.

-¡Lucio ,por favor hijo!- tuve que intervenir intentando convencerlo.

El niño me miró un segundo y corrió a mi lado sollozando. Me abrazó fuerte por la cintura y sentí como su cuerpecito temblaba junto al mío.

Miré a Alberto, y él me devolvió la mirada con algo de culpa. Él no se había exasperado demasiado, tal vez la actitud tan repentina, el rápido cambio de postura y su voz profunda asustaron a Lucio, o eso pensé yo en ese momento. Por su parte, Lucio no paraba de abrazarme cada vez con mayor fuerza, no me hacía daño, pero comenzaba a molestarme esa actitud. Tomé sus brazos para separarlos de mi cuerpo y en el mismo movimiento lo tomé por debajo de las axilas como para alzarlo.

Lo levanté en mis brazos, y al acercarlo a mi, pude notar el miedo reflejado en sus ojos.

-¿Que pasa hijo? ¿Porque te ponés así?-

Lucio me miró con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, me dijo al oído - Ya es tarde. Le dije que me devolviera mi gorro.-

Solo salí de mi asombro al escuchar crujir la madera de la escalera en el living de casa. Alguien estaba bajando por las escaleras...

Hay circunstancias en la vida de las personas donde un lejano e innato instinto nos toma por sorpresa al apoderarse por completo de nosotros. Este instinto primordial, por decirlo de algún modo, es el más básico y común de los instintos. El instinto de supervivencia, suele ser identificado por algunos indicios como: la sudoración excesiva, la apertura pupilar, músculos que se tensan y la mente que se vuelve más afilada y enfocada con un solo objetivo: sobrevivir.

De haber sabido reconocer todas estas señales, no me habría quedado petrificada esperando que algo pasara. Por suerte, el ver a mi hijo entre mis brazos me despabiló de golpe.

-¿Quién anda ahí?- alcancé a escuchar que decía Alberto justo antes de que la respuesta apareciera delante de sus ojos. En el otro extremo del living, una enorme figura vestida de negro acababa de descender de la escalera. Es muy difícil describirla, ya que prácticamente parecía estar disfrazada con algún tipo de traje enterizo negro como la noche misma.

Lo más extraño de todo era su apabullante altura, no solo llegaba hasta el techo, sino que debía mantener el cuerpo medio encorvado y la cabeza de lado para poder mirar hacia adelante.

-¿Quién es usted? ¿Cómo entró a mi casa?- gritaba Alberto mientras buscaba entre los utensilios de cocina algo con que defenderse.

El gigante de negro, parecía no escuchar o hacer caso omiso de las palabras de Alberto. Solo un cansino y espasmódico movimiento corporal nos daba a entender que esa persona estaba realmente ahí, como esperando algo.

Alberto salió de la cocina y fue directamente a encarar al intruso. Esgrimiendo el cuchillo frente a él lanzaba improperios al aire, imagino que tratando de obtener algún tipo de respuesta. Pero nada ocurría. La figura seguía ahí, de pié, impávida.

Mientras esto ocurría y tratando de juntar valor de donde pudiera encontrar, decidí tomar fuerte a Lucio y salir de la cocina pero en dirección opuesta al extraño invitado no deseado. Lentamente fui moviéndome todo alrededor de la mesa, pero al querer pasar por la arcada que unía la cocina con el living, Lucio me pidió que me detuviera.

-¡Mami! No te olvides mi gorro. Por favor mami.-

El pedido fue una mezcla de pedido y súplica, al que no hubiera hecho caso alguno de no ser porque la galera estaba al alcance de mi mano.

-Toma gordito, y hacé silencio. ¿Si?- le rogué suavemente.

Él asintió con su cabecita.

<Salgamos de esta cocina> Recuerdo haber pensado.

Mientras trataba de lentamente escurrirme a través del living, vi como Alberto enfrentaba con gritos y gesticulaciones al intruso. El hombre de negro que estaba erguido y encorvado a la vez, seguía en el mismo sitio que había ocupado desde que bajó por las escaleras.

Al tiempo que yo trataba de moverme lo más silenciosamente posible, Lucio temblaba de terror en mis brazos. Él trataba de mantenerse en silencio pero un pequeño sollozo comenzó a deslizarse a través de sus finos labios. Lo que ocurrió a continuación, tiene poco que ver con cualquier cosa que alguna persona haya experimentado antes.

3

Sin previo aviso el intruso puso su atención sobre nosotros y de la nada, su oscuro y casi inexistente rostro cobró vida. Un par de ojos, profundos y rojizos, comenzaron a arder en el centro de su cabeza. Primero suavemente como avisando pero luego con la fuerza de un incendio forestal. Era casi imposible mirarlos directamente. Al ver esto, Lucio pegó un alarido y esto pareció llamar aún más la atención de esa "cosa".

Hasta ese momento "eso" tenía el aspecto de un individuo grande, singularmente grande, pero con la ropa y el aspecto de una persona. Todo esto cambió en cuanto vio al niño. El ser comenzó a moverse en nuestra dirección. Primero un paso, luego se arrastraba un poco, luego otro paso, luego parecía reptar. Su andar era tan cambiante como su apariencia. Alberto, que había quedado en medio de toda esta situación, quiso interponerse en su avance y trató de llamar su atención tomándolo por una de sus extremidades. Pero con un mínimo esfuerzo, esta "cosa" empujó a Alberto con tal fuerza que lo hizo volar y aterrizar en un rincón de la sala.

-iOh dios!- gemí yo inconscientemente.

La criatura, que ahora había perdido cualquier vestigio de humanidad, volvió a encarar en nuestra dirección. Giré para intentar salir corriendo, pero fue en vano. Algo me golpeó por la espalda, haciendo que Lucio y yo nos desparramáramos por el piso, separándonos en el proceso. Un dolor fuerte me atravesó toda la espalda lo que impedía que pudiera hacer cualquier otra cosa que no fuera arrastrarme lentamente. Y traté de hacerlo, en dirección a donde estaba mi hijo. Lamentablemente la "cosa"

parecía tener otros planes para mi, ya que se dirigía directamente a tomarme de las piernas.

De repente, un estruendo fuerte se escuchó por toda la habitación. Algo estalló en la espalda de la criatura, tan fuerte que hizo que esta se detenga y trastabilie un poco.

Alberto, que de alguna forma se había recuperado del golpe, había tomado un sillón de caoba que teníamos en el living y se lo partió en medio de la espalda de la criatura repartiendo astillas y madera en todas direcciones. Esto me dió unos segundos vitales para llegar a donde estaba Lucio. Como pude, junté las fuerzas suficientes para ponerme de pie y tomé al niño de la mano. Lucio, que hasta ahí se había visto al margen de toda la situación, soltó un alarido ahogado por el terror, al ver como la cosa tomaba a Alberto por el cuello.

-¡No!- grité yo.

Pero fue muy tarde, la criatura ya apretaba con fuerza sobrehumana el cuello de Alberto, cortando así su respiración y haciendo crujir músculos, cartílagos y muy seguramente alguna vértebra. Lo levantó del suelo poniéndolo a la altura de sus ojos ,y mientras mi esposo luchaba en vano, otra voz resonó en la sala...

-¡Soltalo!- ordenó Lucio que en algún momento sin que me diera cuenta, se había situado al lado mío.

La criatura se detuvo, volvió su cara en nuestra dirección y como quien descarta un papel de diario, revoleó a Alberto casi cuatro metros por el aire para aterrizar al lado de la escalera que daba a la planta superior.

-¡No, así no! ¡Detente ahora mismo!- y la criatura se detuvo.

-¿Que haces Lucio? ¿Que es esa cosa?- solté con un tono dubitativo.

-Ya no voy a hacer lo que vos quieras. ¡Ahora el amo soy YO!- dijo el niño con un tono gutural, casi irreconocible.

La criatura, que se había quedado paralizada, hizo un ademán como para atacar al niño, pero Lucio, con un sencillo movimiento de manos, puso la galera delante suyo y fácilmente la abrió. Esta comenzó a soltar un compendio de chispas y luces en dirección de la cosa esa, haciendo que su oscuridad por momentos se viera inundada con luces de colores.

-¡Más!- gritó Lucio desafortado.

Lenguas de fuego color carmesí comenzaron a salir de la vieja galera, cada vez más largas y cada vez más intensas. Con cada oleada de estas

luzes y fuego, la criatura parecía perder consistencia e irse desvaneciendo poco a poco al mismo tiempo que un aullido de dolor parecía provenir de sus incandescentes entrañas. Con cada grito de dolor que la criatura soltaba, más parecía desvanecerse para terminar desapareciendo en una exhalación de acre humo que parecía provenir del mismísimo averno.

4

Lamentablemente no pudimos detenernos a resolver cualquier cuestión ya que así, tan rápido como el fuego venció a la cosa esa, también comenzó a incendiar parte del living. Tomé a Lucio en mis brazos nuevamente y me dirigí en dirección a la puerta de la casa. La abrí y saqué al niño buscando ponerlo a salvo de las llamas, que cada vez se hacían más grandes y ya alcanzaban a cubrir gran parte del living.

-Lucio, quedate acá por favor que mami va a buscar a papi adentro- le imploré al chico.

Juntando el coraje necesario sumado a una buena bocanada de aire, volví a entrar en la casa, que ya se estaba llenando de humo y me dirigí a donde había visto caer a Alberto. <Ojalá estuviera bien>, recuerdo haber pensado. El humo cada vez más espeso dificultaba la visión, pero por suerte conocía muy bien la casa y la escalera no estaba muy lejos.

Tardé un poco, pero llegué al pie de la escalera. Alberto yacía en la misma posición desde hacía rato, lo que no indicaba nada bueno, pero de todas formas lo tomé por las axilas y haciendo acopio de todas mis fuerzas, lo fui llevando hacia la salida.

Debo decirlo, los metros que nos separaban de la puerta de entrada, fueron los más difíciles que recuerdo haber recorrido en toda mi vida. Cada metro que avanzaba era una prueba a la voluntad y al amor que sentía por ese hombre. Y no se si fue a causa de la falta de aire o que pero en mi mente no paraban de presentarse imágenes de mi vida con él. Nuestro noviazgo, casamiento y posterior luna de miel. Las salidas al cine y al teatro. Las caminatas en la playa a la luz de la luna, nuestra primera casa e incluso la adopción de nuestro hijo bailaban por mi mente llenándola de dulces y felices recuerdos. Y así, con cada imagen que se presentaba en mi mente, me acercaba un metro más a la salida.

Hoy en día, estoy segura que estos pensamientos fueron los que me dieron las energías necesarias para poder salir con vida de nuestra casa.

Una vez fuera, mientras arrastraba a mi esposo lejos de la entrada, pude escuchar las sirenas de los bomberos sonando a lo lejos. También pude ver que Lucio estaba siendo atendido por alguno de los vecinos de la

cuadra. Esto me dejó más tranquila por ese lado.

Lamentablemente la situación de Alberto parecía estar más complicada. Su color no pintaba nada bien y su respiración se entrecortaba por momentos. Para peor, las ambulancias parecían no venir más, y yo... yo yo.....

-¿Mirta, estás bien? ¿Que pasó? ¿Alberto está... bien?- alcancé a escuchar que alguien me preguntaba, antes de perder el conocimiento.

5

-¿Familiares de Ballesteros?- preguntaba el médico en la sala de espera.

-¿Ballesteros? ¿Alguien?- repitió con énfasis.

-¡Acá doctor!- dijo alguien que se encontraba más lejos. -Soy íntimo amigo de la familia.-

Me dolía hasta el último hueso del cuerpo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Horas? ¿Días?

-¿Mirta, estás bien?- la voz me resultaba familiar...

-¿Arturo, sos vos?- pregunté como pude.

Abrí los ojos un instante y todo me daba vueltas. Las luces me lastimaban los ojos y sentía una presión en el cuello que no me dejaba mover la cabeza en ninguna dirección. Sonidos y olores extraños inundaban los únicos sentidos que al momento tenía disponibles.

-¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?- susurré con voz ronca.

-¡Shhh! Tratá de descansar Mirta- me calmaba él.

Poco a poco, los recuerdos comenzaron a inundar mi mente. Alberto, el fuego, la cosa, Lucio.

-Alberto, Lucio... ¿Dónde están?- comencé a decir levantando la voz.

-Mirta, mírame- le escuché decir suavemente, mientras buscaba la manera de levantarme de la cama. -Mirta, escuchame. Lucio está bien, está en una sala con otros chicos. Él está bien no te preocupes.-

-Alberto, ¿Dónde está Alberto?- dije. Pero su mirada me lo dijo todo.

-Mirta, vos concentrate en ponerte bien. Dejá que yo me ocupe de todo...- el tono de su voz sonaba tan, tan relajante. Lo último que pude ver fue a Arturo hablando con una enfermera. Le estaba dando indicaciones de algún tipo, o algo así.

Después de eso no recuerdo más nada.

Capítulo 7

EPÍLOGO

Fuera de la clínica llovía copiosamente pero a Arturo, parecía no molestarle. Con paso sereno y sin pausa se dirigió al vehículo estacionado a unos cincuenta metros de la puerta.

El Rambler Ambassador negro ronroneaba suavemente con su potente motor Tornado de seis cilindros mientras esperaba a su último ocupante.

-¿Ya estamos?- preguntó la mujer al volante.

Su embarazo ya superaba las veinte semanas y la panza, así parecía confirmarlo.

-Ya casi- contestó Arturo al tiempo que subía al auto.

Abrió la guantera y rebuscó en su interior hasta que dió con lo que estaba buscando, una libreta. Se la pasó a la mujer y él procedió a abrir un paquete de Imparciales que también estaba ahí guardado. El humo inundó el habitáculo, pero a la mujer no parecía importarle. En esa época aún no se habían inventado las campañas de concientización contra el cigarrillo en el embarazo ni tampoco leyes que prohibieran fumar en espacios reducidos.

-¿Qué dice?- le preguntó a la mujer.

-Nada- contestó. Aún no hay nuevas notas. Debemos seguir esperando. ¿El niño estará seguro ahí?-

-Si. La madre lo criará unos años más, antes de que vuelva al orfanato.-

Las cuatro luces frontales del auto partieron la noche en dos al encenderse e iluminar la empedrada calle del barrio bonaerense. Incluso la lluvia parecía esquivar estos potentes haces de luz.

-¿A donde ahora?-

-Ahora, a casa señora Martinez, por el momento solo debemos preocuparnos por nuestra propia familia.-

FIN